



## EL MACULILLO.

6

### LA UNIVERSIDAD EN EL SIGLO QUINCE.

I.

SERIAN las seis de una mañana clara y despejada del mes de abril, cuando un mancebo de diez y seis años dejó la villa de Niebla, invirtiendo las primeras horas del día en pensamientos harto tristes. Se le figuraba ver á su madre llorando, y se

acordaba de las comodidades de la casa paterna, que iba á cambiar por las fatigas de la universidad; pero bien pronto le ocuparon enteramente las esperanzas que abrigaba acerca del porvenir. Realizado el sueño de su infancia, el de aprender mucho, se contemplaba en perspectiva vestido con el traje de doctor, y quién sabe si sería con el tiempo rector de la universidad? El mancebo tenia tales deseos de trabajar, que nada se le hacia imposible, y aquellos pensamientos de gloria borraron insensiblemente el recuerdo de sus padres, de suerte que aun no habia andado tres leguas cuando ya habia desaparecido su tristeza.

Con rostro alegre y paso ligero, cargadas las espaldas con un morralillo, y llena la escarcela caminaba valerosamente, cuando fué á llamar su atencion la muestra de una venta.

—Magnífico! exclamó: hé aquí una imagen de San Nicolás, la mas á propósito para excitar el apetito.... No sería malo fortificar un poco el estómago.

Y sin mas ni mas entró en la venta pidiendo de almorzar. Apenas habia el huesped puesto en la mesa un poco de cabeza de ternera guisada con legumbres, cuando á través del humo que despedia aquel manjar vió el caminante á un jovencillo, que entrando con aire modesto, pidió por todo alimento un vaso de agua de cebada. Esperando á que se lo sirviesen, lo que, entre paréntesis, no se daban prisa á hacer, atendiendo á la pobreza del pedido, el recién entrado se puso á devorar un pedazo de pan negro y seco. La mirada que el muchacho lanzó al frugal caminante despertó en su corazon sentimientos de piedad, con tanto mas motivo, cuanto que representaba su misma edad, aunque era mas delgado y en sus pálidas mejillas se veia el rastro de algunas lágrimas recientes. Dirigiendo alternativamente sus ojos al pedazo de pan que devoraba el recién venido, y al succulento manjar que á él le habian puesto, se avergonzó de su lujo á la vista de tanta miseria, y juró interiormente que no tocaría el almuerzo sino en compañía del caminante del pedazo de pan.

Tenia un corazon excelente, y sobre todo tal franqueza en sus modales, que prevenia en su favor. Acercóse pues al mancebo, y saludándole cordialmente le dijo:

—Buenos dias, mi amigo; segun parece caminais hácia Sevilla?

Un signo afirmativo de cabeza fué la única respuesta del frugal jovencillo.

—Yo tambien, repuso el otro sin desanimarse; voy á estudiar á la universidad.

El pobre alzó la cabeza, y despues de haber mirado al que le hablaba, hizo un esfuerzo sobre sí mismo, y dijo al fin:

—Tambien yo voy á la universidad.

—Con que somos camaradas! exclamó el primero con alegría; si quereis caminarémos juntos,

El mancebo á quien se dirijia esta proposicion algo brusca, se puso encarnado, y guardó silencio.

—Y para empezar, continuó el de Niebla que habia tomado por buena señal el silencio del improvisado camarada; para comenzar voy á traer mi comida á esta mesa, y comerémos juntos.

Sin hacer caso de las excusas que tartamudeaba el otro jóven, pronto verificó la traslacion, y colocó delante de su camarada el pedazo de cabeza de ternera. Presto se pusieron de acuerdo para hacer los honores á la cocina del ventero, y cuando hubieron satisfecho el apetito, comenzó la conversacion entre ellos con alguna mas confianza.

—Yo me llamo José, y soy hijo de Claudio Ramirez, tendero en la plaza de Niebla, dijo el que convidaba, esperando atraer con la suya la confianza de su nuevo amigo.

—Yo me llamo Antonio, contestó, y mi padre no es tendero como el vuestro.

—Y qué! repuso Pepe; solo los tenderos son hombres de bien.

Y calló, esperando que aquella bravata decidirla á su compañero á darse á conocer; pero se engañaba: Antonio permaneció mudo, y conociendo Pepe que sería indiscreto insistir, habló de otra cosa.

—Ah! saltó de repente; conoceis los usos y costumbres de la universidad?

—Un poco, contestó Antonio; he oido hablar alguna cosa acerca de esto á nuestro capellan.

—Decidme pues de dónde proviene ese maldito derecho de bien venida, y qué diablos es el *maculillo*.

Hecha esta pregunta, miró Pepe á su interlocutor, y no fué poca su admiracion al verle pálido como la camisa que llevaba puesta, con los labios contraídos y en indefinible agitacion.

—Qué teneis? le preguntó.

—Partamos! repuso Antonio levantándose con presteza, y cogiendo su morral, que arrojó á la espalda con un movimiento nervioso.

—Pobre chico! exclamó Pepe; debe tener una gran pesadumbre.

Los dos mancebos se pusieron en marcha, y caminaron largo tiempo uno al lado de otro sin dirijirse la palabra, y solo distaban ya de la hermosa ciudad unas tres leguas, cuando les sorprendió la noche, y determinaron dejar para el dia siguiente el fin del viaje, y buscar un albergue; el que les fué fácil encontrar, porque entonces, mucho mas que hoy, no faltaban ventas en los caminos reales. Despues de cenar, Pepe y Antonio se habian retirado á su cuartito, cuando éste último rogó á su nuevo amigo que se sentase á su lado sobre la cama.

—Escucha, hermano, le dijo: desde que esta mañana te arro-

jó la Providencia en mi camino para mi consuelo sin duda, me colmas generosamente de las atenciones mas delicadas, partiendo conmigo tu comida. ¿Cómo he recompensado yo tu generosidad? Con un silencio casi ofensivo, puesto que demuestra falta de confianza; pero ya es tiempo de que mi necio amor propio ceda el puesto á un justo reconocimiento. Yo, Pepe, no tengo padre ni madre; el capellan del castillo de Miravete me encontró en la puerta una mañana, y todo lo que este santo varon pudo averiguar acerca de mi nacimiento, se reduce á que una banda de gitanos habia pasado aquella noche por allí, siendo yo probablemente hijo de alguno de esa raza proscrita. Sin embargo, el capellan no me abandonó; fuí su discípulo, y gracias á sus desvelos, aun no tenia diez años cuando ya era capaz de ayudarle á celebrar los oficios divinos. A pesar de la proteccion del excelente capellan, á quien amo como á un padre, no era feliz, porque triste y sufrido por naturaleza, fuí el juguete de los palafreneros y los lacayos, que me llamaban el jitanillo, agoviándome con sarcasmos y desprecios, á causa sin duda de mi nacimiento. Si solo hubiese sido esto, anda con Dios! pero de las injurias pasaron á los malos tratamientos, y todos los dias inventaban para mí nuevas burlas. Unas veces sostenian una mantilla de caballo por las cuatro puntas, me tendian encima, y me tiraban al aire, á riesgo de romperme los riñones; otras me colgaban de las paredes con una cuerda por debajo de los brazos, y me dejaban así horas enteras. Me quejé al capellan; pero de nada sirvió su intercesion, porque, para complemento de desgracia, el hijo del señor del castillo se habia divertido mucho al verme la víspera colgado de los brazos á diez pies de altura. Mi protector no halló por consiguiente para sustraerme á semejante tiranía otro medio que el de alejarme, y me envia á Sevilla, dejándolo yo con gran sentimiento, porque lo es todo para mí, y no he conocido otro padre ni otra madre que él.

—Pobre Antonio! exclamó Pepe enteramente conmovido.

—Ahora, continuó el huérfano, es necesario que te explique por qué he temblado cuando me hablaste del *maculillo*. Consiste en que al despedirme me dijo el capellan lo que es, y creo que voy á sufrir los mismos ó parecidos suplicios que antes.

—No tienes dinero para pagar tu bienvenida?

—No, porque el digno protector que Dios me ha dado ha distribuido sus cortas rentas entre los pobres: si hubiese pagado mi *maculillo*, una familia entera padecería hambre, y yo no he querido. Oh! y sin embargo tengo mucho miedo al *maculillo*.

—No te lo darán! exclamó Pepe sacando con precipitacion de su escarcela tres ducados; esto lo evitará.

—Pero y tú? preguntó Antonio.

—Oh! yo, contestó Pepe con resolucion, sufriré por tí el

*maculillo*, porque soy fuerte, y porque.... qué diablos! no me matarán.

—Acepto, exclamó Antonio apoderándose con avidez de los tres ducados; pero no olvides lo que voy á decirte, Pepe: con este noble sacrificio acabas de adquirir un derecho sobre mi vida, y la daré por tí si es preciso, porque, créelo, aunque tengo miedo al *maculillo*, no soy un cobarde. Hermano, añadió con los ojos húmedos y tendiendo la mano á su amigo, entrégate al descanso; yo voy á dar gracias á Dios que me envía un amigo cuando acabo de perder un padre: voy á pedirle que cierre mi corazón á la ingratitud, y que vele sobre tí.

Cayó de rodillas, y Pepe enternecido le imitó, siendo su oración larga y fervorosa.

## II.

Cuando nuestros dos amigos entraron en Sevilla se hallaban en muy mala armonía paisanos y estudiantes, porque estos últimos miraban á aquellos como sus enemigos naturales, no dejando escapar la menor ocasion de hacerles una jugarreta. Si les faltaba motivo, los malignos estudiantes lo creaban, y no habia pillada que no inventasen para enfadar á los paisanos, cuya cólera era impotente contra jóvenes ágiles y dispuestos que sabian sustraerse á la venganza. Los dias de fiesta, en las horas de reposo, de todos los rincones de la universidad salia una nube de locos, cuyo único objeto era hacer rabiar á los desdichados vendedores.

Los estudiantes se divertian aquella mañana en molestar á cuantos pasaban, cuando de repente salió una voz de enmedio de la calle, que no tardó en repetirse de callejuela en callejuela. La causa de este rumor era que uno de ellos habia visto al pasar á Pepe y Antonio, y habia salido corriendo gritando con toda la fuerza de sus pulmones:

—Dos recién llegados! dos recién llegados!

—En un instante se formaron grupos, y ya consultaban acerca de la clase de tormento que aplicarían á los condenados, cuando gritó una voz:

—Tal vez paguen!

—No! no! respondieron todos: *maculillo! maculillo!* ¿dónde está Alfonso Pimienta?

—Aquí! aquí! dijo corriendo un niño cuando mas de quince años. Aquí está el rey de los estudiantes, el capitan de los recién venidos!

Un grito general se alzó, oyéndose por todas partes:

—Bien por Alfonso Pimienta!

—Ola, mis opinantes, dijo el personaje con voz ronca; ha llegado á mis oídos que unos forasteros se han mezclado con nosotros.

—Sí! sí!

—Que los traigan á nuestro tribunal, repuso el príncipe de la bienvenida; y que se reúnan con nosotros todos los miembros de nuestro consejo real y escolástico.

—Los recien venidos! los recien venidos! gritó una voz.

—Que traigan los aspirantes! gritó el Sr. Pimienta dando en el suelo con un baston, que vista la mala conformacion de sus piernas, podemos afirmar le habia servido de muleta mas de una vez.

Varios estudiantes se precipitaron sobre Pepe y Antonio, que fueron conducidos entre espantosos gritos á presencia del soberrano, cuya vista les recreó muy poco.

—Silencio! gritó en falsete el maldito de Pimienta.

Y en seguida comenzó un discurso soberbio sobre la dicha de ser admitido en la universidad; sobre las diversiones de los estudiantes, tales como la prision, el pan seco y los azotes, prerrogativas de que vería gozar con gusto á los aspirantes, y terminó de este modo:

«*Attamen*, como es justo, que no se pueda participar de tantas ventajas sin mas ni mas, y sin hacerse dignos con antelacion, los aspirantes tendrán á bien, en virtud de un estatuto del respetable cuerpo de la universidad (es decir, de nuestros señores los estudiantes de todas clases y facultades) pagar la suma de tres ducados en señal de bienvenida, et *admissionis causa*; en virtud de lo cual Pedro Grulla, nuestro tesorero, va á extender el *récipe*.»

—El *récipe*! el *récipe*! exclamaron todos los estudiantes dando grandes palmadas y maravillados de la elocuencia del señor Pimienta.

Pedro Grulla se acercó con gravedad, llevando un papel en la mano, á Antonio, que dejó caer en la escarcela del tesorero los tres ducados en cuestion.

—*Bene! bene!* exclamó el tesorero haciendo sonar las monedas.... Pero qué tienes, amigo? añadió mirando á Antonio: tiembles como un azogado, y haces mal en tenernos miedo.

—Tu nombre! dijo el presidente.

—Antonio Pilon, respondió el mancebo con voz débil.

—*Igitur!* gritó Alfonso Pimienta: *Antonius Pilonus*, te recibes por estudiante.

Entre tanto Pedro Grulla se habia puesto delante de Pepe, y le alargaba la escarcela, haciendo sonar el dinero repetidas veces.

—¿Qué quieres que haga? preguntó Pepe en tono resuelto.

—Una introduccion de tres ducados, ni mas ni menos.

—Estoy por el menos, repuso Pepe; no doy un maravedí.

—*Maculillo!* gritaron en todas partes: y creció de tal suerte la agitacion, que Pimienta se vió obligado á llamar al órden á su auditorio.

—*Silete omnes!* dijo con tono chillon, dominando el tumulto: se escita al recien venido una, dos y tres veces á que pague la bienvenida.

—No pago, respondió Pepe con voz firme.

—El *maculillo!* gritó la muchedumbre.

—El *maculillo!* repitió el ilustre Pimienta.

—Aun es tiempo, Pepe, dijo Antonio; deja que ocupe tu puesto, pues por mí vas á padecer.

—No, respondia el animoso chico.

—Gracias, hermano...! Dios te dará valor para soportar esto.

Y el pobre Antonio se enjugaba una lágrima.

Parecia que la noticia del *maculillo* que se iba á dar se habia esparcido por toda la ciudad, segun el número de curiosos.

—Aquí está la capa del *maculillo!* exclamó de repente Pimienta, arrojando en medio de la multitud un manteo agujereado.

—Bien! bien!

—*Euge!* siguió el presidente! que se ejecute el *maculillo*.

Habían envuelto en la capa á Pepe, y se disponian á mantearle, cuando Antonio, que se habia propuesto salvarlo, sacó un puñalillo que llevaba en el pecho, y por un movimiento tan pronto como hábil cortó la tela: Pepe se puso en pié al momento, y para dejarle tiempo de desembarazarse de la capa, Antonio comenzó á blandir el puñal, amenazando al primero que se aproximase. Los estudiantes, sorprendidos, retrócedieron; mas Antonio no los aguardó, y echó á correr, siguiendo á Pepe que ya habia ganado terreno.

En un momento se prepararon los estudiantes para dar caza á los dos fugitivos; pero Pepe y Antonio corrian sin cesar, y trataban de volver el ángulo de una esquina, cuando se arrojaron en medio de una patrulla de soldados.

—Estos son los rateros! exclamó el jefe queriendo echar mano á Pepe.

Pero este se plantó, y se siguió una corta riña y un tumulto, aumentado con el arresto de Antonio, á quien un soldado acababa de cojer, y con la oscuridad que no era poca.

De repente se oye un grito; una cosa pesada cae al suelo, y viéndose libres Antonio y Pepe se aprovechan de su libertad, salvándose á carrera tendida. Sin embargo, la luna apareció en el cielo, y los soldados descubren con horror á uno de los suyos tendido en tierra y bañado en su sangre: la venganza les

da fuerzas, y corren en seguimiento de los fugitivos, que no tardaron en volver á apresar.

—Quién de los dos ha dado muerte á un soldado? preguntó el jefe furioso.

—Ni uno ni otro, respondió Antonio.

—Tú has sido, engendro de Satanás, dijo el jefe sacudiendo á Pepe con rudeza: tú me has hecho resistencia, y nadie sino tú es el culpable.

—Yo no lo soy! exclamó Pepe con fuerza; á nadie he muerto yo.

—Bah! no es á nosotros á quienes debes decir eso, sino á los jueces que no tardarán en condenarte.

Antonio se adelantó con resolución, y dijo al jefe:

—Yo soy el que he matado á ese hombre!

—Conducid á los dos, contestó el capitán.

—Pobre Antonio! se decía Pepe en el camino: es posible que la cólera le haya llevado tan lejos?... es posible que se haya manchado con un asesinato?...

### III.

Cuando á la mañana siguiente supo la universidad el arresto de dos de sus miembros, se reunieron el rector y los catedráticos, conviniendo en que era preciso pedir la restitucion de los culpables, como que debían ser juzgados por el tribunal eclesiástico, en atención á disfrutar cada uno de ellos una beca. Una diputacion de la universidad marchó al momento, y se presentó á la Audiencia; pero fué negada en parte la peticion de la universidad, á la cual solo entregaron la persona de Pepe, reconocido como inocente del asesinato: por lo que hace á Antonio, la autoridad civil se reservó el derecho de condenarle ó absolverle segun lo tuviese á bien.

Fué pues conducido al tribunal eclesiástico donde le interrogaron, y el mancebo contó llorando lo que habia pasado; esto es, que por evitar el *maculillo* salió huyendo, y le siguió su amigo, sin que supiese nada de la muerte.

Absuelto por el tribunal eclesiástico, cuando se incorporó á los estudiantes fué recibido por ellos con entusiasmo, porque no era ya el fugitivo el recién llegado que se habia sustraído al *maculillo*, sino el estudiante que habia combatido contra un piquete de soldados. Su llegada fué un triunfo para Pepe, y aun el ilustrísimo Alfonso Pimenta se dignó estrecharle la mano en señal de amistad.

Antonio Pilon fué juzgado al momento, y como el jefe de la patrulla relató su confesion, el mancebo fué sentenciado á la

horca, sentencia que fué acogida por los paisanos con aclamaciones de alegría.

El pobre Antonio pálido, y sin embargo bastante firme (sin duda le daba fuerzas el recuerdo de su buena acción), fué conducido en medio de los soldados, y solo se aguardaba al veredicto.

Al fin apareció, y ya la comitiva se iba á poner en marcha para la plaza de San Francisco, cuando se presentó un soldado acompañado de un monje.

—Deteneos! gritó, y no castigéis al inocente. Yo soy quien....

—Animo, hijo mio, dijo el monje presentándole un crucifijo: muere si es preciso por la verdad.

—Sí, padre! repuso el soldado: sí, todo lo diré. Mas quiero la muerte en la tierra, que los tormentos de la vida eterna: rogado á Dios para que me perdone.

—Así sea, murmuró el sacerdote.

Todos esperaban con ansiedad el fin de aquella escena, y despues de algun silencio continuó el soldado:

—No es ese chico el que ha muerto á Eustaquio del Pozo, mi antiguo camarada.

Un murmullo de descontento circuló entre la multitud.

—Soy yo! escuchadme: habia reñido con él una mañana porque me habia ganado la paga de un mes, y resolví vengarme. Aquella noche me tentó Satanás, y como estaba oscuro, y resistian los dos estudiantes, considerando que podrian ser acusados de mi crimen, di una puñalada á Eustaquio.... Hoy he ido á confesarme con este santo varon, que me ha amenazado con los castigos del cielo si dejaba perecer á un inocente.... y vengo á salvarle, entregándome yo mismo.

Algunos estudiantes, mezclados entre los paisanos, habian sido testigos de la escena precedente, y habian corrido á dar aviso al rector. La diputacion volvió en consecuencia, y la autoridad civil le entregó el prisionero, que marchó en triunfo hácia la universidad, donde encontró á Pepe que se arrojó á su cuello abrazándole con delirio.

—Con que estás libre? le dijo abrazándole; oh! Dios ha oido mi súplica, porque no podia permitir que fueses victima de tu generosidad.

—Qué generosidad ni que calabaza? tú me libraste del maculillo, y en cambio te habia prometido mi vida: no hacia de consiguiendo otra cosa que cumplir mi promesa.

—Qué bueno eres, Antonio! oh! ahora serémos dichosos.

—No, Pepe, repuso; no, yo no seré dichoso hasta que obtenga para la universidad el derecho de juzgarse á sí misma, porque hartó sé cuan peligroso es ser juzgado por enemigos.

—Oh! tienes razon, y yo tampoco seré dichoso hasta que

tenga facultad para abolir ese maldito derecho de *maculillo* que se arrojan los estudiantes.

—A trabajar pues, hermano, dijo Antonio; los dos tenemos un propósito que cumplir.

—Sí; pero lo conseguiremos?

—Seguramente.

—Por qué medio?

—Por el trabajo, hermano; por el trabajo y la voluntad.

Veinte años después un rector se paseaba en el patio de la universidad, oyendo con alegría á los bedeles leer una orden por la cual se abolía el *maculillo*.

Aquel rector era Pepe Ramirez, hijo del tendero de Niebla.

Después se puso pensativo, porque fué á ocupar su mente el recuerdo de Antonio, á quien no habia visto hacia diez años; de Antonio que habia marchado á Alemania.

De repente las trompetas de los heraldos del rey resuenan en la universidad, y se publica una orden concediéndole el derecho de juzgarse á sí misma.

Al escuchar Pepe la orden se conmovió visiblemente, y á poco anunciaron al rector la llegada de un maestro en derecho, consejero de la reina Isabel la Católica. Volvióse el rector, y al conocer á Antonio Pilon, se arrojó en sus brazos, derramando lágrimas de placer y ternura.

Los dos amigos habian cumplido su palabra.

El derecho de juzgar las universidades á los estudiantes se ha conservado hasta 1837.—El abuso de exigir el *maculillo* ha durado hasta nuestros dias tambien, no obstante los esfuerzos de los rectores para extinguirlo.—En Salamanca, en Alcalá y en otras universidades se sujetaba á los nuevamente llegados á ellas á pesadas burlas, redimibles con dinero, persiguiéndolos con los nombres de *crasos*!



# HISTORIA SAGRADA.

## JOSUÉ.

### HISTORIA DEL PUEBLO DE DIOS.

#### PASO DEL JORDAN.

**D**ESPUES de la muerte de Moisés, Dios habló así á Josué:

—Levántate y pasa el rio Jordan, tú y todo el pueblo que está contigo, á fin de entrar en la tierra que yo daré á los hijos de Israel.

Yo estaré contigo como he estado con Moisés; no te abandonaré. Ten firmeza y valor; has observar la ley que te ha sido presentada.

Josué repitió estas palabras al pueblo; y dispuso hacer provision de víveres para pasar el Jordan en tres dias.

Él envió en seguida espías que explorasen el pais y la ciudad de Jericó. El rey de Jericó hizo que los persiguiesen; mas ellos se salvaron de sus pesquisas, gracias á una mujer que los ocultó.

Así que pasó el peligro, la misma mujer les facilitó la huida, y les pidió por recompensa reservar su casa cuando viniesen á ampararse de la ciudad.

Despues que los espiones de Josué le hubieron dado cuenta de su mision, el santo varon dió orden á los israelitas que se pusiesen en marcha hácia el Jordan.

Estos permanecieron tres dias á las orillas del rio, y despues Josué dijo al pueblo:

—Cuando veais el arca de la alianza del Señor llevada por los sacerdotes de la familia de Leví, levantaos y marchad detrás de ellos, teniendo cuidado de dejar entre vosotros y el arca una distancia de dos mil codos.

Santificaos, porque el Señor hará mañana cosas maravillosas para vosotros.

Entonces Dios dijo á Josué:

—Yo mostraré hoy á todo Israel que estoy contigo como he

estado con Moisés. Dí á los sacerdotes que llevan el arca, que se paren en medio de las aguas del Jordán.

El pueblo salió entonces de sus tiendas para pasar el rio, y los sacerdotes marcharon delante de él con el arca.

Al punto que hubieron entrado en el Jordán, y que las olas empezaron á bañar sus pies, las aguas que venian del origen se detuvieron, y se levantaron como montañas.

Las que se encontraban por debajo del lugar por donde el pueblo pasaba, corrieron rápidamente hácia el mar muerto, y dejaron la madre del rio seca.

Los sacerdotes y todo Israel pasaron así por medio del Jordán como sobre la tierra firme.

Dios ordenó á Josué que se tomase en la madre enjuta del rio doce piedras chatas que debian guardarse en el campo, y permanecer como un monumento de su grandeza y de su poder.

Después que el pueblo hubo atravesado el Jordán, el arca del Señor, que hasta entonces habia permanecido en medio, atravesó el rio, y fué á colocarse á la cabeza de los israelitas.

Todos los reyes de los Amorreos que habitaban del otro lado del rio, habiendo sabido que el Señor habia secado el Jordán para que el pueblo de Israel pudiese pasar, se quedaron pasmados de aquel prodigio, y se espantaron pensando que su pais iba á ser invadido.

Los Hebreos permanecieron largo tiempo en aquel sitio, llamado Galgala, y celebraron allí la Pascua, el día catorce del mes, en la llanura de Jericó. Habia entonces cuarenta años que habian salido de Egipto, y que atravesaban el desierto para llegar á la tierra de Canaan.

El maná que todas las mañanas el Señor enviaba del cielo para alimentar el pueblo, cesó de caer, y se alimentó de los frutos que la tierra de Canaan producía.

## LOS CABALLOS DE SERTORIO.

### Fábula.

SEGUN nos cuenta Plutarco,  
El enfurecido Sila

Al invencible Sertorio

Crudamente perseguia;

Y Metelo con sus huestes  
Furioso contra él iba,  
Talandó con crueldad  
Las lusitanas campiñas.  
Sertorio, que con sus tropas  
Resistirle no podía,  
Usando varios ardides  
Batalla campal esquivaba.  
Pero ingenioso y osado  
Ora un convoy ya les pillaba,  
Ora á sus torpes contrarios  
De los recursos les privaba.  
Por el costado acomete  
A la falange maldita,  
Y otras veces por la espalda,  
Diezmando siempre sus filas.  
Mas cansados sus guerreros  
De aquella lucha prolija,  
La conducta de Sertorio  
Sin miramiento critican.  
Este bravo capitán  
Oyó sus necias hablillas,  
Y á todos los malcontentos  
Mandó convocar un día,  
Ordenando le llevasen  
Con extraordinaria prisa  
Dos caballos de ancha cola  
Que entre los suyos tenía.  
Un esqueleto era el uno,  
Y contarsele podían  
Los huesos muy fácilmente,  
Como todas las costillas.  
«La cola empuña, soldado,  
Y con las dos manos tira;»  
Dijo á un arquero robusto  
Y récio como la encina.  
El arquero se despoja  
De sus armas, y con vivas  
Ansias tiró de la cola  
Del ejército á la vista.  
Pero en vano forcejea,  
Y bien pronto se retira,  
Avergonzado al oír  
De los soldados la silba.  
«Ahora te toca á tí»  
Dijo Sertorio en seguida  
A un soldado pequenuelo,  
Ligero como una ardilla.  
Acoje la soldadesca  
Estas palabras con risa,  
Y el soldado temeroso  
Al caballo se aproxima.

Un esqueleto no era  
 El potro que le destinan,  
 Sino un soberbio andaluz  
 Tenido en muy grande estima.  
 «Coje la cola, soldado,  
 El bravo Sertorio grita;  
 Saca una crin tras de otra,  
 Y en la victoria confía.»  
 En efecto, despojada  
 La cola presto se mira,  
 Y los inquietos soldados  
 Cabizbajos se retiran.

Quando formes un proyecto,  
 Si alguno te desanima,  
 Recuerda, niño estudioso,  
 Esta pobre fabulilla.  
 No desmayes un momento;  
 Camina, niño, camina,  
 Que el trabajo y la constancia  
 El éxito facilitan.



## LA MARIPOSA Y LA HORMIGA.

### Cuento.

**U**NA linda mariposa  
 Se mecía entre las flores,  
 Con ellas bien orgullosa  
 De competir en colores;

É inconstante y veleidosa

No cesaba de volar

Desde el clavel á la rosa ,

Desde el jazmín á el azhar.

Ya del jacinto le agrada

El pálido azul color ,

Ya de violeta morada

El fragante y suave olor ;

Y no encontrando placer

Suficiente en tantas flores,

Se asemeja á la mujer

Que voluble es en amores.

Que vuela , y gira , y tomando

Caminos mil placentera ,

La flor bella abandonando

Hiende los aires lijera.

Mas fatigada , se ofusca ,

Y en un vil canto se para.

La mujer á veces busca

Tambien lo que despreciara !

En el el llanto angustiado

De una hormiga escucha , y ve

Que una niña la ha pisado

Con lindo y donoso pié.

Pero á su voz quejumbrosa

Y á su aflicción lastimera ,

La insensible mariposa

Contestó de esta manera.

¿ Qué esperabas ,

Ruin insecto ,

Que rastreas

Por el suelo ,

Sino hallar

La muerte luego ,

Bajo un pié

Veloz, lijero?

Si te hubiese

Dado el cielo

Estas alas

Que yo tengo ,

A los aires

Alto vuelo  
Levantaras  
Con denuedo.



En tanto la niña, que ya antes pisado  
A la hormiga hubo con fiero vigor,  
Vé la mariposa, y corre tras de ella,  
La busca y la acosa con paso veloz.  
En vano se oculta aquella, y se esconde  
Bajo el fresco cáliz que ostenta la flor,  
La niña la coje; pero ¡ay! que al cojerla  
Los dedos aprieta y matala atroz!  
Y es fama, la hormiga que aquesto veía,  
Templando un momento el grave dolor,  
Dijo: «Aquel que insulta, y no da consuelo  
»A el prójimo suyo en triste afliccion,  
»Tema por sí mismo, si el mal que desprecia  
»Inelemente apura sobre él su furor.»

M. SANCHEZ UGARTE.

